

PARALELO ENTRE NUÑEZ DE CACERES Y JUAN PABLO DUARTE

Por Víctor M. de Castro

Miembro Correspondiente de la Academia Nacional
de la Historia de Venezuela.

No es posible el paralelo.

Preciso fuera, para ser posible, que hubiera alguna equivalencia de valores entre una y otra vida.

Y no la hay; ni la fisonomía moral de ésta y aquella, ni en las líneas generales de los caracteres, ni en la elevación de ideales, ni en la rectitud de principios, ni en la intención y fines de las actuaciones que dieron relieve y prestancia a ambas personalidades.

Núñez de Cáceres fue un Caballero andante del Ideal, sin orientación y sin divisa. Juan Pablo Duarte fue la propia encarnación del Ideal: se abrazó al Ideal; luchó infatigablemente por el Ideal; padeció estoicamente por el Ideal, y murió en el exilio con los ojos desorbitados por el Ideal.

Núñez de Cáceres tiene la gloria de su audacia la noche aquella de Diciembre de 1821. Juan Pablo Duarte es un Apóstol, que en devoción libertaria y pureza de sentimientos nada debe envidiarle a los Próceres más conspicuos de las modernas y preteritas edades...

En probidad únicamente es que hay equidistancia entre Núñez de Cáceres y Juan Pablo Duarte.

La audacia aquella de Diciembre no produjo nada saludable ni nada útil. Golpe de mano sin preparación, sin lineamientos y sin concierto, dió al traste sí con la Capitanía General de Don Pascual Real y con la dominación española; pero no surgió de ella, esplendente y magnífica la República Dominicana, ni siquiera su bandera, sino un estado híbrido, loco y efímero, tan efímero y tan loco que vivió sólo siete semanas, cayendo de bru-



ces inmediatamente en la dominación haitiana, más oprobiosa y más nefasta que la recién abatida.

Hombre de firme integridad Núñez de Cáceres, resignó el mando en Boyer, no sin protesta y desdénando altivamente las mercedes que el sombrío usurpador le ofrecía.

Fuése luego en son de proscrito a Venezuela, en donde hizo labor de disociación entre Páez y Bolívar, acusándosele de haber contribuido eficazmente a la disolución de la gran Colombia; yendo a morir a Puebla, México, retraído y triste e ignorante de la suerte de la joven República (*).

Juan Pablo Duarte es otra cosa.

Duarte, inspirado en las doctrinas del Padre Gaspar Hernández, se consagra a la independendencia de la Patria: se erige, joven aún, en mentor de la la juventud: alecciona, la soleventa, la amonesta, la estimula y crea la Trinitaria, centro que habría de irradiar, como irradió, la chispa redentora.

Duarte concibe una Patria libre e Independiente, con bandera propia y leyes propias; la modela en su cerebro, la pasa por el crisol de sus sentimientos libérrimos; la predica, la propaga, la pondera y la funda.

Batalla luego por el sostenimiento y grandeza de la República; arrostra en su honor las contingencias del infortunio; burla las acechanzas proditorias; sacrifica el reposo de su vida; sacrifica su patrimonio y el patrimonio de sus hermanas, y se va, decepcionado, inconforme, rendido, enfermo, a morir como un predestinado a la vecindad de Petare, Venezuela, rodeado de discípulos y con los ojos desorbitados por la visión de una patria venturosa, respetada y eternamente libre...

(*) N. de C. no murió en Puebla, sino en Ciudad Victoria. Si conoció, poco antes de su muerte en 1846, la creación de la República, y se dedicó a divulgar, en la prensa mexicana, las lisonjeras noticias de su Patria, ya libre.



Núñez de Cáceres era de temperamento impetuoso y venático.

Juan Pablo Duarte era afable, reflexivo y sencillo. Núñez de Cáceres fue un bólido que fulguró una noche en el cielo de la gloria; bólido al fin, se apagó y pasó.

Juan Pablo Duarte fue un símbolo, es un símbolo y será por siempre un símbolo.

No es posible el paralelo.

(Revista LA CUNA DE AMERICA, Primer No., de septiembre de 1919)

